

DE BUENAS LETRAS

Tesoros en los desvanes

AMELINA CORREA

De la Academia de Buenas Letras

Desde el más temprano romanticismo (o el romanticismo llevado a su más radical extremo, según lo definiría Nietzsche), Friedrich Schiller afirmaría decidido que «no existe la casualidad, y lo que se nos presenta como azar surge de las fuentes más profundas».

Pues de esos manantiales en que el azar pareciera casi devenir destino romántico, han llegado en los últimos tiempos a mis manos dos preciosos documentos de un tiempo pasado, que nos recuerdan una arraigada costumbre decimonónica, como es el álbum, muy popular sobre todo entre las mujeres –aunque no sólo– vinculadas con el mundo de la cultura durante el siglo XIX. Se trataba de unos libros con páginas en blanco, encuadernados más o menos suntuosamente, que se presentaban a las visitas ilustres, a los conocidos afamados, a los huéspedes que destacaban en algún campo, con el objeto de que dejaran plasmada en sus páginas una suerte de dedicatoria, en forma de versos, sentencia, epigrama, elogio profusificado, partitura musical o dibujo con más o menos fortuna. En los últimos años ha comenzado a ponerse de relieve su valor e interés, y se han llevado a cabo estudios e incluso ediciones, que reivindican una consideración de estos álbumes mucho más allá de mero objeto curioso con valor para los coleccionistas, e incluso del interesante ‘documento de época’.

Pues bien, como decía, esa casualidad que quizás sea más bien causalidad, ha motivado el que los herederos de dos escritoras granadinas del XIX, como son Carmen Espejo Valverde y Dolores Arráez de Lledó –vinculadas con el Liceo granadino, y compañeras en las tertulias literarias que se celebraban en casa de la segunda–, tras haber leído en los dos casos trabajos míos sobre la todavía tan desconocida literatura femenina de la época, contacten conmigo. Y sorprendentemente, en ambos casos la familia había conservado –¡sin saberlo!–, los valiosos álbumes de estas dos poetas, que muestran colaboraciones de autores, artistas y músicos de la época, en algún caso, de primera fila.

Reflexionando con Jorge Fernández, representante de la familia que hoy en día custodia el álbum de Dolores Arráez, pensábamos en cuántos casos habrá todavía en que los descendientes hayan heredado álbumes, documentos, epistolarios..., que permanezcan ignotos en algún rincón de casa. Retales del pasado que permitirían reescribir pasajes olvidados de nuestra historia literaria. Más que el azar, la ventura, ha propiciado ahora que los desvanes y trasteros permitan aflorar estos dos tesoros, ocultos durante este siglo y medio. Pero quizás no estaría de más hacer un llamamiento en este sentido a nuestros lectores... Para que el destino romántico continúe imponiéndose al azar.